



Cuarenta y seis años atrás

Enrique Medina

Eran tiempos duros para los hijos de la clase trabajadora, más aún —como era mi caso— al fallecer mi padre cuando apenas contaba quince años. Tuve que dejar los estudios y trabajar en lo que salía para que mi madre y mis tres hermanas pudieran alimentarse. De madrugada descargaba camiones en el mercado de Legazpi, y a las diez de la mañana comenzaba mi jornada como aprendiz en un taller de coches. Así transcurrieron los tres siguientes años de mi vida, hasta llegar al año 1965. El azar, el destino —o Dios, como decía mi

madre— quiso que el vehículo de un cliente nuestro se estropeará en Ávila, un sábado a mediodía, con los talleres de la localidad ya cerrados, y que mi jefe me enviara para hacerle una reparación provisional suficiente para que pudiera volver a Madrid.

En apenas dos horas solucioné el problema y don Pedro me ofreció regresar con él, pero sin apenas pensarlo rechacé su ofrecimiento y decidí quedarme el resto de la tarde en la ciudad y volver en el tren que pasaba a las once de la noche. La ciudad me cautivó, no paraba de admirar la parte que llaman intramuros, con sus callejas del Medievo, el aire sin contaminar, la escasez

de tráfico, el pausado caminar de sus moradores. Cuando la tarde daba sus últimos estertores, entré en un bar a comer un bocadillo para reponer las energías perdidas tras varias horas de paseo e involuntariamente escuché la conversación que mantenían varias personas.

—Queda un mes para iniciar las obras del mercado de abastos, y apenas hay peones contratados.

—Tendrán que venir de Extremadura.

—Es lo que intento evitar, encarece en exceso la mano de obra.

No pude evitar inmiscuirme.

—Perdonen que me entrometa en su conversación, he oído que tienen falta de peones para la construcción del nuevo mercado y...

El que parecía llevar la voz cantante no me dejó terminar la explicación.

—¿Quieres trabajar en la obra?

Un poco intimidado, contesté afirmativamente.

—¿Sin ni siquiera conocer las condiciones? ¿No serás un fugitivo?

—Por supuesto que me gustaría conocerlas.

El hombre me miró con seriedad y, tras un rato de silencio, me indicó el horario y el salario.

Intenté disimular la sorpresa (me ofrecía en salario fijo el triple de lo que ganaba, con el añadido de lo que pudiera percibir por el destajo), puse cara de duda, y finalmente contesté afirmativamente. Con la cantidad ofrecida tenía para pagar la pensión, enviar una buena cantidad a mi madre y sobraba para mis gastos.

—No te he visto nunca, por lo que supongo que no eres de la ciudad.

—No señor.

—Pues ya puedes irte buscando alojamiento, porque dentro de veinte días te quiero aquí, para firmar el contrato y comenzar con la tarea.

—El día que usted me diga.

El hombre puso su mano sobre mi hombro derecho y, mirándome fijamente a los ojos, me echó un pequeño discurso.

—Está bien chaval, me gusta tu osadía. Si te portas como debes, puedes tener trabajo en Ávila para el resto de tu vida, pero como me falles, ya te puedes ir al tercio si quieres comer todos los

días. El lunes 25 tienes que estar en el número 1 de la calle Estrada, y preguntar por don Miguel Garcinuño.

Tras otra pausa, se dirigió de nuevo a mí.

—Si quieres te doy la dirección del hotel Jardín, puedes decir que vas de mi parte. Es un sitio agradable, nada caro, y muy cerca de donde vas a trabajar.

De esta manera, trabajando como peón de albañil en la construcción del nuevo Mercado Central de Abastos, comenzó mi larga relación con Ávila. He de reconocer que en el mes de noviembre, cuando el invierno comenzó a castigar la ciudad con toda su crudeza, estuve a punto de dar por terminada mi aventura y regresar a Madrid. El frío seco, duro, con temperaturas de hasta siete bajo cero, era un castigo muy severo para las personas que desempeñábamos nuestro trabajo a la intemperie. A esto se unía la añoranza que sentía por mi madre, por mis hermanas, a las que apenas veía un domingo al mes, situación que me condujo a un estado de ánimo que a punto estuvo de terminar con mi estancia en Ávila. Con mucha voluntad superé el trance y a principio de verano conocí a Teresa, la persona que me ató definitivamente a la ciudad. Tras dos meses de noviazgo supe que su padre ocuparía uno de los puestos del mercado, en concreto una frutería. Nuestra relación se afianzó y su padre me ofreció trabajar junto a él.

—Me ha dicho Teresa que en Madrid trabajaste descargando camiones en el mercado de fruta. Esto indica que eres una persona trabajadora, cualidad indispensable para pertenecer a mi empresa, y además conoces el sector y cómo se trabaja en él.

—Lo siento, señor Vergara, prefiero mantener la independencia laboral. Estoy a su disposición para los momentos en que necesite mi ayuda, pero siempre manteniendo mi propio empleo.

Mi futuro suegro comprendió mis razones.

—Te entiendo hijo. Con esta decisión demuestras tu categoría humana. Mi hija ha hecho una buena elección.

Las obras finalizaron en el tiempo previsto y tuve el privilegio de acudir a su puesta de largo, in-

vitado por mi suegro, con una nutrida representación política encabezada por el alcalde, Emilio Macho, y el presidente de la Diputación, Fernando Luis Fernández Blanco, junto a personajes del deporte como el ciclista Julio Jiménez o Feliciano Rivilla, jugador del Atlético de Madrid. Tenía una sensación agrídulce, porque era la culminación del esfuerzo de un gran número de personas, pero también significaba alejarme del lugar que me dio la oportunidad de convertirme en una persona adulta y responsable.

Aprendí rápido el oficio y en el año 1970 el señor Garcinuño me ofreció el puesto de capataz en una obra que comenzaría en unas semanas. Acepté sin pensar y en septiembre de ese mismo año contraí matrimonio con Teresa, y trece meses más tarde nació nuestro primer hijo, Segundo, que con el devenir de los años tendría una importante relación con el Mercado Central de Abastos.

En 1974 regresé al lugar que tanto cariño tenía, a la calle Tomás Luis de Victoria, para comenzar la edificación de unas viviendas frente al mercado. A su finalización quedó una sin adquirir, por lo que nos planteamos su compra. Tras hacer muchos cálculos y con gran pesar, decidimos que se escapaba de nuestras posibilidades. A la mañana siguiente estaba tomando café en Pepillo con varios compañeros cuando irrumpió mi suegro en el local.

—¿Tienes un momento?

Salí al exterior tras él.

—Me ha comentado Teresa que al final, de lo del piso nada.

—Es excesivo para mi salario.

—Sois los dos un par de pazguatos. ¿Para qué estoy yo?

—Hombre...

—Ni hombre ni nada. Me duele que no contéis conmigo.

—Tienes más hijos, no me parece correcto.

—Te morirás tonto. ¿Quién me ayuda en el puesto? ¿Quién me acompaña a Madrid?

—Lo hago de corazón, eres el padre de mi mujer, siempre te has portado bien conmigo, no busco ninguna recompensa.

—Ya lo sé, y por eso quiero ayudaros en este momento.

La vehemencia de mi suegro venció nuestra inicial reticencia y compramos la vivienda. Desde mi privilegiada atalaya fui testigo del auge del mercado y por desgracia de su ocaso, fruto de las grandes superficies que comenzaron a llegar en la década de los noventa.

El día en que nos instalamos en nuestra ansiada vivienda, asomado al balconcillo del salón, desde el que se divisaba a escasos metros una de las puertas de acceso al mercado, evoqué mi primer día de trabajo en él, la llegada a una ciudad con apenas veintiséis mil habitantes, en la actualidad convertidos en casi sesenta mil, el hermetismo de una ciudad anclada en el pasado, que sólo despertaba al exterior en contadas ocasiones como con el rodaje de una exitosa película americana, en contraste con su cosmopolitismo actual. Sólo era comparable, por desgracia, en una sola cosa, la escasez de oportunidades para los jóvenes, con el consiguiente éxodo a grandes urbes como Madrid.

Los achaques propios de la edad doblegaron a mi suegro que pese a su coraje, a su vitalidad, no pudo seguir regentando el puesto y se lo ofreció a Teresa.

—Hija, para que tus hermanos no protesten me pagas una renta de cincuenta mil pesetas y te quedas con él. Ese dinero lo recuperas con las ventas de una semana.

Mi mujer aceptó para contribuir a la felicidad de su padre. Sabía que había rechazado ofertas muy suculentas porque no quería que se perdiera la tradición familiar y de paso acudir de vez en cuando y sentirse útil. En esa época el mercado tenía dos plantas, con todos los puestos dando beneficios. Sólo cambiaba el propietario por jubilación o fallecimiento. Poco a poco el beneficio se trocó en pérdidas y comenzaron a cerrarse locales, sobre todo en la planta de arriba, hasta convertirse en un lugar fantasmal con todos los puestos cerrados.

A veces la vida es cíclica y, al igual que el Mercado de Abastos de Ávila marcó mi vida para siempre, se repitió la misma circunstancia con mi hi-

jo Segundo, que estaba a punto de aceptar una oferta de trabajo en Madrid cuando le ofrecieron la posibilidad de participar en el proyecto que culminó con el vivero de empresas en la parte superior del mercado. Dos años más tarde se celebró la fiesta de inauguración del proyecto, encabezado por el alcalde Miguel Ángel García Nieto, junto a destacadas personas de la cultura y economía local, y con este acto retrocedí cuarenta años; sin poder evitarlo, unas emotivas lágrimas surcaron mis mejillas.

Cuando la burbuja inmobiliaria ha explotado nos ha salpicado a muchas personas que dependíamos del sector de la construcción y, en mi caso, me he jubilado anticipadamente, a los 61 años. Tengo todo el tiempo del mundo para divisar desde el salón de mi casa la lenta agonía que está sufriendo mi querido mercado, y en mis rutinarios paseos –siempre que el clima lo permite–, palpo cómo se destruye el comercio tradicional de la ciudad, fagocitado por las grandes superficies o incluso por las tiendas regentadas por ciudadanos chinos, con sus extenuantes e inhumanos horarios.

Siento verdadero dolor en lo más profundo de mi alma cuando oigo decir a mi suegro:

–Espero morirme antes que el mercado, pero no lo tengo claro, con sus cuarenta y seis años está bastante más achacoso que yo, con mis noventa y uno.

Todos los días visito el mercado, a veces para comprar, otras para acortar el camino hacia Reyes Católicos, y siempre para charlar con los numantinos comerciantes que luchan día a día por atraer a las nuevas generaciones al comercio de siempre, e intentar mantener a flote el trabajo, el esfuerzo de muchos años, incluso de varias generaciones. Alguno resiste por puro romanticismo, porque cada día los beneficios son más exiguos, y los números rojos rondan con excesiva frecuencia la cuenta de resultados. Me da escalofrío pensar que una mañana al levantarme pueda volver a ver el mismo solar que cuarenta y seis años atrás. Creo que mi corazón no resistiría ver que tantos esfuerzos de juventud resultaron baldíos.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Central de Abastos de Ávila**.